

—¿No es más acertado que nosotros desaparezcamos del país antes?

—Yo no puedo irme sin Clotilde.

—No olvide usted que una pasión fué la causa de que su hermano de usted, Francisco Picaluga, muriese en un patíbulo.

—¡Silencio! —dijo Duval, mirando con recelo hacia todas partes—, que no sepan que llevo ese apellido.

—No tenga usted cuidado; respeto el pacto que hicimos al asociarnos.

—No hay que olvidarlo, pues; y marchad a disponeros para que desaparezca de la lista de los vivientes ese don Felipe, que puede denunciarnos.

—Parto al momento; adiós.

—Adiós.

Y Willey desapareció, mientras Duval se quedó pensativo y receloso, en medio de la pieza.

CAPITULO XI

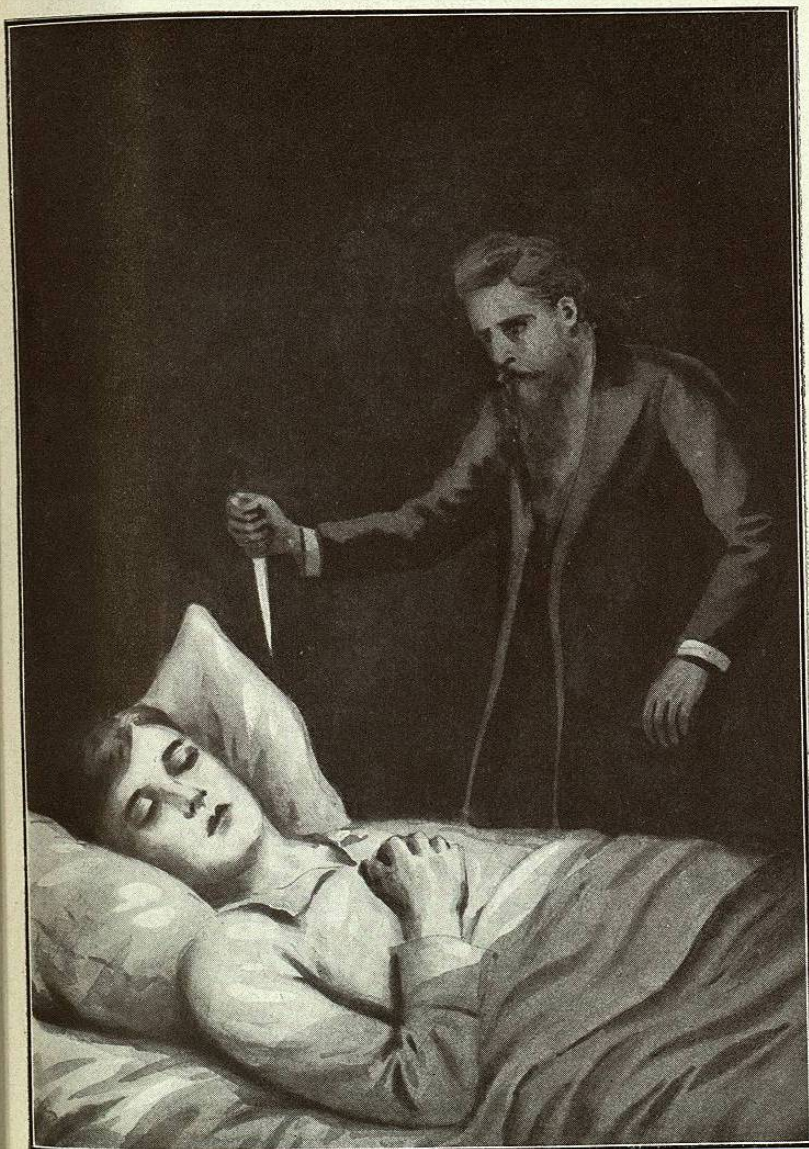
Una escena sangrienta

—Tenía usted razón, don Félix —decía paseándose por el almacén, don Felipe Flan, la misma noche en que Duval y el doctor habían resuelto su muerte—. Duval es un monedero falso; un infame que se ha enriquecido defraudando al público. Cien pesos he partido, sacándolos de distintas talegas, y todos tienen el alma de cobre.

—Es preciso —dijo Félix— denunciar este escandaloso hecho a la justicia ahora mismo, para que sea aprehendido antes de que llegue a traslucir la menor cosa.

—No; porque eso sería condenarle a perecer en un cadalso; y aunque me ha engañado, aunque ha abusado de mi confianza y ha hecho traición a mi amistad, no trato ni de perderlo, ni de perjudicarlo, sino de que repare en lo posible el daño que ha causado, comprometiéndose a responder a las reclamaciones que a mí se me dirijan.

—Muy noble, muy digno del hidalgo corazón de usted es ese rasgo; pero no creo que Duval corresponda jamás a esa generosidad; por el contrario, temo que abusando de ella, continúe explotando con otros esa mina, ya que con usted le es imposible, siendo usted, sin intentarlo, cómplice



... descargó el terrible golpe sobre la víctima.

(Página 85.—Tomo II.)

BIBLIOTECA ALFONSO
 UNIVERSIDAD
 U. A. N. E.

en los males que sobrevengan a las personas que por su causa se arruinen.

—Pero denunciarle también, sería convertirse uno en verdugo.

—Cortar un miembro gangrenado para que se salve el resto del cuerpo, es un deber de conciencia.

Flan se quedó meditando sobre las observaciones que acababa de hacerle su dependiente. Buscaba en su imaginación otras que oponer y que pudieran conciliar su noble anhelo con el bien general, y no encontraba ninguna que satisficiera a su deseo.

Conocía por otra parte, que si el delito se llegaba a saber, por una de aquellas circunstancias que Dios prepara para castigar al malvado, le creerían cómplice de Duval, y sufriría, como él, la deshonra y tal vez una afrentosa muerte.

Este pensamiento le hizo estremecer.

Callar, era comprometer su buen nombre y su vida.

Descubrir la verdad, era sentenciar a muerte a un hombre.

Lo primero, le estremecía; lo segundo, repugnaba a los nobles sentimientos de su humano corazón.

Inquieto, y fluctuando entre estos dos polos de encontradas ideas, no acertaba qué partido tomar.

—¡No sé qué hacer! —exclamó por fin—. Conozco que lo más en armonía con la justicia, sería abrazar el parecer de usted, pero...

—Señor, nadie como usted sabe que ante la imperiosa voz de la justicia, debe enmudecer todo otro sentimiento.

—Sin duda.

—Pues bien; toda consideración con el hombre que ha hollado los más sagrados deberes, sería contraria al bien de la sociedad; la tranquilidad y el respeto que a ésta debemos consagrar, nos ordenan que pongamos en conocimiento de la autoridad lo que pasa, y el fallo de la justicia le releva a usted de toda responsabilidad.

—Conozco que debo acatar los principios rectos, basados en el bien procomunal; más diré: estoy resuelto a arrancar la careta al hipócrita que comercia con la buena fe del hombre honrado; pero no quiero que sea en esta noche; dejémoslo para mañana.

—¡Para mañana!—dijo poco satisfecho Félix.

—¿No le parece a usted bien?

—¿Y si mañana fuese tarde?

—¿Tarde? ¿Y por qué?

U. A. N. E.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CATEDRA ALFONSO X

—¡Qué sé yo!

—Nadie sabe este secreto más que nosotros dos, y ninguno, por lo mismo, podrá revelárselo a Duval.

—Sea como usted quiere; pero yo no esperaré a mañana.

—¿Qué importan algunas horas más o menos?

—El tiempo que se deja libre a un criminal, es de peligro para el honrado ciudadano, blanco de sus asechanzas.

—Vamos, don Félix, deje usted que por hoy duerma tranquilo ese hombre, y arreglemos estos papeles para ir a descansar, pues ya es la media noche.

Y Flan y su fiel dependiente se pusieron a ordenar algunas cuentas y cartas que estaban sobre el escritorio.

El buen corazón del primero había, pues, triunfado; pero don Félix decía muy bien: el menor retardo en la denuncia, podía serles perjudicial, como en efecto lo era.

En aquel mismo momento en que el generoso don Felipe buscaba los medios de no perjudicar a un malvado, el doctor, aprovechándose de la confusión del baile a que había asistido, y ayudado de una escala de cuerda, había subido a la azotea; desde allí había arrojado un gran trozo de carne al enorme perro que cuidaba de la casa de Flan, y poco después descendía, sin hacer ruido y sin ser visto, al sitio en que debía perpetrar un crimen.

Todo estaba en silencio. El formidable mastín dormía profundamente, gracias al narcótico que había tomado en la carne. La oscuridad era completa y favorecía al criminal. El doctor, al descolgarse, quedó un instante quieto y receloso, mirando a todas partes con sobresalto.

Llevaba un traje oscuro para confundirse en las sombras, y sus pies los llevaba calzados con zapatos de goma para no hacer ruido.

Después de haber observado en silencio y convencerse de que nadie lo veía, se dirigió sobre las puntas de los pies, agachado y conteniendo la respiración, hacia un cuarto que él estaba seguro ser la alcoba de su anhelada víctima, según las señas recibidas de Duval.

Al llegar a la puerta miró atentamente por la cerradura de la llave para ver si algo descubría; aplicó después el oído, y permaneció así un rato; en seguida levantó el picaporte con mucho tiento, empujó la puerta con suavidad, y brilló en sus ojos la alegría al encontrarla abierta.

Receloso entonces, sacó un puñal, abrió lo preciso únicamente la puerta, deslizó por ella el cuerpo, penetró en el cuarto, volvió a cerrar la puerta, y conteniendo la respiración y caminando sobre las puntas de los pies, avan-

zaba poco a poco hacia el lecho, llevando extendido el brazo izquierdo para ir tocando los objetos, y levantado el derecho, armado del puñal, para descargar el golpe.

Demudado por el pavor natural que se apodera del hombre, por valiente que sea, al ir a cometer un crimen; abriendo cuanto le era posible los ojos, creyendo que de esta manera conseguiría ver en la oscuridad lo que buscaba; pálido y desencajado el rostro, avanzaba paso a paso y se detenía con frecuencia, para escuchar la respiración del sér que se proponía sacrificar.

De repente tocó la mano de su brazo izquierdo que, como hemos dicho, lo llevaba tendido, con el lecho que buscaba.

Al creer llegado el instante de cometer el asesinato, se estremeció dominado por el temor de errar el golpe, dando lugar a que el acometido se defendiese.

Cautó por este pensamiento, fué llevando poco a poco la mano, y vió con sorpresa que el lecho estaba vacío.

Entonces temió haber equivocado el cuarto.

Sin embargo, las señas correspondían perfectamente con las que le había dado Duval.

¿Estaría equivocado éste?

Willy se disponía a salir al corredor para cerciorarse. Pero el ruido de voces de dos personas que se acercaban, le hizo permanecer quieto. Aplicó el oído y dijo para sí:

—¡Estoy perdido! Son don Felipe y su dependiente los que llegan.

Sobresaltado con aquel contratiempo no sabía qué partido tomar, si presentarse a ellos, fingiendo un negocio de Duval, o tomar la fuga, aun a riesgo de que lo conociesen.

Ambas cosas podían comprometerlo.

¿Qué hacer? Las voces se oían cada vez más cerca.

Los pasos sonaron en el corredor.

Ya no era tiempo de huir ni de presentarse.

Flan y Felipe estaban ya a corta distancia del cuarto.

Iban a verlo.

Pero en aquel momento, precisamente, en que se creyó perdido, vino a iluminar su pensamiento una idea inspirada por el genio del mal.

Podía esconderse debajo del lecho y arrancar la vida a su víctima cuando se retirase el dependiente.

El doctor obedeció a esta inspiración satánica, y se ocultó debajo del lecho, cuando don Felipe abrió la puerta del cuarto, bien ajeno de pensar que en él le esperaba un hombre que atentaba a su existencia.

—¿Va usted ya tranquilo, don Félix?—dijo don Felipe, sa-

cando un fósforo y encendiendo una vela de esperma, que estaba en una mesita junto a la cabecera de la cama.

—Todo lo contrario; estoy tan receloso, que creo no he de poder dormir ni un solo instante.

—Consulte usted con la razón y ella le hará a usted ver que no hay motivo para negarse al descanso.

—Eso es cuando se trata de individuos poco ofensivos; pero cuando hay que habérselas con hombres sagaces y osados, entonces, en vez de la razón, ocurriría yo a la prudencia, a todo lo que puede suceder, por inverosímil que parezca.

—Eso sería llevar el recelo hasta la exageración.

—Confieso mi debilidad.

—Vamos, bájese usted a su cuarto a dormir, y mañana daremos los pasos convenientes a nuestro asunto.

—Como usted guste. Adiós, buenas noches.

—Buenas noches, don Félix.

El leal dependiente se alejó inquieto y pensativo; don Felipe cerró la puerta de su cuarto, se acercó a la mesa, y creyéndose solo, se puso a rezar de rodillas, como tenía costumbre antes de acostarse, ante una imagen del Crucificado.

El doctor sintió impulsos de salir y arrojarse sobre él, sin darle tiempo para defenderse.

La ocasión era oportuna.

Don Felipe estaba de espaldas a Willey, y éste podía herirle libremente.

El doctor empuñó con fuerza el puñal, y acarició su aguda punta, sonriendo horriblemente.

Flan, sin sospechar que estaba tan cerca de la muerte, seguía sus oraciones.

Willey se arrastró por el suelo, como una culebra, para no hacer ruido, asomó la cabeza, y armado de la terrible arma, se dispuso a salir para asesinarle alevosamente.

Don Felipe hizo un movimiento para ponerse en pie.

Willey creyó haber sido sentido, y preparó el puñal, resuelto a salir y matarlo a todo trance.

Pero el señor Flan no había escuchado nada; había acabado sus oraciones, y se ponía en pie, sin volver la vista al sitio en que estaba el asesino.

Este, al comprender que no había sido descubierto, volvió a esconderse debajo de la cama, aplazando la muerte de su anhelada víctima para el momento en que estuviese entregado a un profundo sueño.

Tomada esta resolución, que juzgó la más prudente, pro-

curó contener cuanto le era posible la respiración, y esperó, inquieto, el momento deseado.

Don Felipe, después de leer algunas páginas del Kempis, que tenía sobre la mesa, se desnudó, se metió en el lecho, tranquilo con su conciencia, apagó la luz, y poco después se encontraba entregado a un dulce y profundo sueño.

Willey se sonrió de satisfacción.

Nada tenía ya que temer.

Los criados de la casa tenían retiradas sus habitaciones de aquel sitio y, además, descansaban sin recelo.

El momento, pues, era oportuno.

—¡Ya duerme! —dijo para sí el doctor—. ¡Es preciso que despierte en la eternidad!

Y salió arrastrándose y sin hacer el más ligero ruido.

Entonces levantó la cabeza, aplicó el oído para escuchar hacia qué lado salía la respiración de Flan; se puso en pie, buscó luego con la mano el lado del corazón de aquel honrado comerciante, levantó el brazo derecho, armado del agudo puñal, y poseído de una furia satánica, descargó el terrible golpe sobre la víctima, que sólo lanzó un ahogado grito al sentir el frío del hierro matador traspasar su ardiente corazón.

El doctor, temiendo que a aquel grito acudieran los sirvientes y don Félix, se lanzó a la puerta, dió dos vueltas a la llave, abrió precipitadamente, y sin quitar el puñal que había clavado en el pecho de don Felipe, se abalanzó a la escala que había dejado puesta; subió por ella a la azotea en el instante que el formidable mastín volvía de su profundo sueño, pero sin fuerza aún para moverse ni para ladrar; de allí pasó a la de la casa en que era el baile, y poco después entró en la sala, con la mayor tranquilidad, sin que nadie hubiese notado su falta.

Al grito lanzado por don Felipe, acudió don Félix, que aún no se desnudaba, y que estaba en su cuarto arreglando algunos papeles; penetró en el aposento de su principal, que estaba a oscuras, le preguntó qué se le ofrecía, y viendo que no le respondía, encendió la vela, y al acercarse al lecho, descubrió el horrible espectáculo de un asesinato.

Don Félix se arrojó sobre el ensangrentado cuerpo de su principal; le arrancó el puñal que tenía clavado en el corazón, arrojó al suelo el arma enrojecida; abrazó el cuerpo de la víctima para ver si aun alentaba... ¡pero lo encontró frío y sin vida...!

Horrorizado y conmovido, empezó a dar voces llamando a los criados, que acudieron al lugar de la sangrienta escena.

BIBLIOTECA ALFONSO X
 U. A. N. B.

Corrió, acompañado de algunos, a la azotea, para ver si por allí había penetrado el asesino; pero no encontró señal alguna que indicase el paso de ningún hombre y, además, el mastín que estaba vigilante, servía de apoyo a borrar toda sospecha.

Inquieto, y no sabiendo qué juicio formar, mandó que se registrase toda la casa, y envió, entretanto, a uno de los criados a dar parte a la justicia del triste acontecimiento, para que sin pérdida de tiempo, acudiese la autoridad y tomase razón de aquel horrendo asesinato.

CAPITULO XII

Un encuentro

Entretanto que los gritos de los criados, las palabras de don Félix y los ayes de Soledad, que acudió a las voces dadas por todos, llenan los ámbitos de aquella habitación, Núñez salía de la casa de su amigo Rafael, a donde había ido después de haber acompañado a Leopoldo a la suya, y de haber hecho huir a los que trataron de asesinar a éste último.

Desde que los infames raptos arrebataron a la hermosa Luz del lado de Rafael, Núñez y Leopoldo tenían la costumbre de visitarle todas las noches, puesto que él, dominado por una invencible melancolía, desde la desaparición de su amada, se había encerrado en su cuarto, sin querer tratar con nadie más que con aquellos amigos que le hablaban a todas horas de la mujer que amaba.

En vano Núñez y Leopoldo habían tratado de hacerle desistir de su resolución, convidándole al campo, a los conciertos y al teatro.

Para él no había más placeres que la memoria de su hermosa Luz, y asistir a donde pudiera distraerse de aquel pensamiento, decía que era arrancarle de su mundo, de su grato dolor, de su agradable tristeza.

Era uno de esos jóvenes que, apartado del comercio de los que hacen ostentación de despreocupados y de calaveras, había conseguido conservar puras las máximas nobles de moral y de virtud, que son en el hombre lo que el aroma en las delicadas flores, que las hace apreciables y estimadas.

Era uno de esos jóvenes, cordial y alegre, sí, pero de un alma demasiado noble para traspasar los lindes pres-

critos por la moral y por los deberes que impone la fina sociedad al que desea ser bien recibido en su escogido círculo.

Jamás confundió la afabilidad con la familiaridad, ni la franqueza con la grosería.

Era jovial sin chocarrería; ligero a veces, pero sin superficialidad; instruido sin pedantería, y modesto sin afectación.

Le gustaba el trato de los jóvenes de su edad; pero cuando alguno se tomaba la libertad de hablar mal de las mujeres, salía en defensa de esa humilde mitad del género humano, manifestaba lo injusto que era el hombre en sus ataques, el respeto que se debía consagrar a ese hechicero sér, sujeto a nuestro capricho, lleno de virtudes, de cariño y de abnegación; hacía juiciosas comparaciones entre la vida libre del hombre, que la calumniaba, y la vida oscura, humilde, sujeta y recogida, de la que era blanco de sus tiros; y concluía por probar que la más mala de las mujeres, tomada la palabra en el sentido general, era más buena que el mejor de los hombres.

La desaparición de Luz no tuvo fuerzas para hacerle cambiar de opinión. Pudo influir, sí, en la mutación de su carácter, pero no de sus principios.

De jovial y alegre, se hizo triste y retirado; de franco y comunicativo, callado.

Al principio de la pérdida de la joven destinada a ser su esposa, había recorrido, en compañía ya de Leopoldo, o ya de Núñez, todas las calles de la ciudad, con la esperanza de encontrarla; pero cuando la luz de esa esperanza se extinguió entre los desengaños del tiempo, como se oculta al naufrago el salvador fanal, que le señala el puerto, entre las hinchadas olas que por todas partes le cercan, su espíritu desmayó del noble aliento que hasta entonces le había animado, y se dejó dominar por una voraz tristeza, que iba poco a poco consumiendo su vida.

Resuelto a no frecuentar la sociedad, sólo salía de su casa para cumplir con sus deberes religiosos y con los de su noble y humanitaria profesión de médico.

Aislado del trato de los hombres y encerrado en su dolor, la mayor parte del día la pasaba en transmitir a un cuaderno los tiernos sentimientos de su alma, expresados en bellas poesías, que luego las leía, derramando sobre ellas un torrente de lágrimas.

De la casa, pues, de este recomendable joven, salía Núñez y se dirigía a la suya, cuando al torcer la esquina de la